

— EL —
CHICO
QUE LIMPIABA
LÁPIDAS

MAC BERLOFFA

basado en hechos reales



Tapa: Fabio Berloff

Corrección: Daniela Martínez Blanco

Copyright © 2016 – Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso del autor.

www.macberloff.com

*“La semilla del bien se origina
en el sentimiento fraterno de querer alegrar
o favorecer a los semejantes.”*

Meishu-Sama

Agradezco a Dios,
a mi familia,
a mi hermano por la linda tapa de este libro,
a mi padre uruguayo por la emocionante banda sonora del tráiler de este libro,
al chico que limpió una lápida para mi familia,
y a ti, que estás leyendo esta historia.

Dedico este libro a mi madre
y a todos mis antepasados,
sin los cuales yo no existiría.

ÍNDICE

MIGUEL

1. UN PASO ADELANTE
 2. LA MAFIA
 3. TRASPLANTES
 4. EL MOLINILLO
 5. EL REFUGIO
 6. LA HERENCIA
 7. EL MÚSICO
 8. ORGANIZANDO EL PROPIO ENTIERRO
 9. EL PECADO
 10. EL ASESINO EN SERIE
 11. LA VISITA GUIADA
 12. EL CONGRESISTA
 13. EL DÍA DE SAN VALENTÍN
 14. EL BRAZO DERECHO
 15. EL SACERDOTE
 16. EL OLVIDO
- LA MISIÓN CONTINÚA

MIGUEL

Miles de personas nacen y mueren, diariamente, en todo el mundo. Lidar con la muerte no es fácil, lidiar con la vida tampoco. Soy huérfano y mis padres me abandonaron en la entrada de una iglesia. Triste, ¿verdad? Les digo que no, pues, al menos, fui dejado en la casa de Dios.

Un cura me encontró al abrir la puerta, en una mañana lluviosa y fría. Dicen que yo estaba tan inmóvil, envuelto en una sábana, que él pensó que estaría muerto. Hasta que, en sus brazos, yo respiré profundamente. La primera cosa que recuerdo fue escucharlo decir: «¡Llegó Miguel!».

Sí, me dejaron en la Iglesia de San Miguel Arcángel y crecí en un orfanato con el mismo nombre. ¿Casualidad? Después fui adoptado por una pareja, y les agradezco por eso. Pero se peleaban demasiado y me golpeaban todos los días. ¿Saben por qué? Porque yo lloraba de miedo. Un día, después de tanto sufrimiento, huí. Corrí lo más rápido que pude y en cualquier dirección en la que Dios me guiase. Y Él me guió hasta el cementerio. De tanto cansancio, me desmayé frente al portón y fui socorrido por uno de los cuidadores, quien me dio ropa y comida. El nombre de este señor: Gabriel.

Viví en la calle hasta mi muerte, pero eso se lo contaré más adelante. Gracias a la ayuda de este piadoso hombre, viví sin pasar hambre ni frío. Evitaba entrar en el cementerio hasta que un día, al pasar delante del portón, vi a una madre y a su hijo llorando, y los seguí hasta la lápida de su ser querido. Estaban tan tristes que comencé a orar por ellos y por el alma de aquella persona que habían perdido. Cuando ellos salieron, vi que la lápida estaba muy sucia y que no conseguía identificar el nombre que tenía escrito. Abrí mi mochila y encontré una pequeña manta y una botella de agua. Era lo que necesitaba. Arranqué un trozo de tela de la manta y empecé a limpiar la lápida, con amor y con el deseo de que aquella familia quedara en paz. Finalmente apareció el nombre: Jesús.

1. UN PASO ADELANTE

Ana recién salió del baño. Abre la puerta del ropero, agarra unos jeans y una camisa negra y se viste. Mira una foto donde se la ve acompañada de un hombre. Se pone sus lentes oscuros, toma su cartera y un jarrón con claveles rojos. Sale del edificio en su auto y se dirige hacia el cementerio Vientos de Paz.

Al llegar, camina por el césped, entre las lápidas, hasta encontrar una en la que se lee «Leonel Pérez (14/08/1977-01/05/2011)». Ana coloca las flores sobre esa lápida. Se quita los lentes oscuros y mueve la cabeza negativamente. Un chico menudo y flaco, de cerca de unos trece años, con una mochila en la espalda, camina lentamente en su dirección.

—Señora, ¿puedo ayudar?

Ana se asusta ante la presencia del muchacho.

—¿Qué?

—Disculpe la molestia, pero ¿puedo limpiar? Voy a dejar la lápida bien limpia y brillante.

Ana aún está inquieta y se queda mirando al chico por algunos instantes. Sin ganas, continúa la conversación.

—¿Cuánto cobras?

—Usted me puede pagar lo que quiera.

Ana, aún observándolo, le dice que sí. Entonces el chico se agacha delante de la lápida y se saca la mochila de la espalda. Agarra un cepillo, dos mitades de un limón y una botella de agua. El limón está casi seco, pero él empieza a exprimirlo y a mezclarlo con el agua sobre la lápida. Inicia la limpieza con mucho respeto.

El día está caluroso y el chico interrumpe su servicio por un momento. Se seca el sudor, tira un poco más de agua sobre la lápida y continúa refregando sin parar. Después de cerca de quince minutos, Ana, sintiendo pena por el chico, lo detiene.

—Esta bien así, no hay necesidad de continuar.

—Solo un poco más, señora. ¡Falta poco! —responde Miguel.

—Esta óptimo. No precisa más. Ahora lávate bien las manos para que el limón no te manche la piel.

—Sí, señora.

El chico tira agua sobre la lápida y una figura aparece al lado del muchachito. Mas Ana no consigue verlo.

—Señora Ana, su marido Leonel está agradeciéndole por haber venido.

—¿Qué?

—Él quiere agradecerle por sus visitas en todos estos años.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Me estás espiando?

—¡No, señora! Él me dijo su nombre y yo solo estoy transmitiendo su mensaje.

—No juegues con una cosa tan seria.

—No estoy jugando. Él pide que la felicite por su cumpleaños, que es mañana. Él también dice que le gustaría regalarle algo.

—¿Qué es lo que tú quieres de mí?

Ana abre su billetera y agarra dinero. Enseguida lo deja sobre la mochila del chico, que está sobre el césped.

—Es para ti. ¡Muchas gracias! —Y se da vuelta para irse.

—Gracias, pero no precisa pagarme si usted no me cree.

Ana se detiene y da media vuelta en dirección al chico. Pero este desapareció y el dinero vuela sobre el césped. La viuda mira hacia todos los lados y no lo encuentra. No hay ningún lugar donde él pudiera esconderse.

—¿Dónde estás? ¡Deja de asustarme!

Ana escucha la voz del chico:

—Su marido Leonel le regalaba rosas blancas en su cumpleaños, ¿verdad?

—Por favor, no me atormentes más.

—Su marido pide que se lleve las flores que usted le trajo, como regalo por su cumpleaños.

Ana mira el jarrón. Los claveles que eran rojos se vuelven blancos delante de sus ojos, que se llenan de lágrima.

mas. Ella toca las flores, y siente su aroma. En ese momento el chico aparece nuevamente a su lado.

—Fui a buscar más agua. ¿Ahora usted cree en mí?

—Pregunta, y comienza nuevamente a limpiar la lápida.

—Esas flores son claveles, pero huelen a rosas —comenta sonriendo—. ¡Muchas gracias!

—No me agradezca a mí. Agradézcale a su marido.

—Tú tienes un don maravilloso. ¿Cuál es tu nombre?

—Miguel.

—¡Qué lindo nombre! Tienes el nombre del arcángel. ¡Gracias! Muchas gracias por el mensaje. Mi mayor deseo es que Leonel esté en paz.

—Él dijo que no porque él murió usted tiene que dejar de vivir.

—Pero hace...

—Cinco años que él se fue —completa Miguel.

—¡Sí!

—Ya pasó mucho tiempo. ¡«Viva la vida»!

—Él siempre decía eso.

Ana pone el jarrón en el suelo y al levantarse ve a su marido y empieza a llorar. Da algunos pasos en su dirección. Una luz muy fuerte y brillante aparece detrás de Leonel. Ana se protege los ojos con las manos y continúa intentando mirar hacia la luz, hasta que escucha la voz de Leonel:

—¡No llores, mi amor!

—Es difícil aceptar tu muerte —dice Ana.

—Ya lo sé, ¡pero los ángeles te guiarán!

—Pero no consigo...

—¡Siempre te amaré!

Y la luz desaparece junto con Leonel.

—¡Está pronto! —dice Miguel, señalando la lápida completamente limpia.

Ana agarra más dinero de su billetera y se lo da al chico.

—Muchas gracias, señora.

—Gracias a ti. Y ¡«viva la vida»!

2. LA MAFIA

Seis hombres de traje caminan por el cementerio cargando un ataúd de madera oscura y detalles en dorado que brillan a la luz del sol. Adelante, sosteniendo una de las manijas, se halla un hombre de aproximadamente treinta años. Su madre, la viuda, lo sigue junto con su otra hija y muchas personas más hasta el lugar del entierro.

Allí un sacerdote con manos temblorosas comienza a decir una oración. El hombre joven se pone sus lentes oscuros, se mantiene firme y no llora.

—Cristian, puedes llorar. Te sentirás mejor —intenta consolarlo su madre.

—¡Estoy bien, mamá! No te preocupes.

Felipe, un antiguo empleado de la familia, llega con una botella de agua y se la ofrece a Cristian, que bebe un sorbo. El entierro comienza y el hijo se queda parado entre su madre y su hermana. Los presentes lanzan rosas sobre el ataúd, ya en el sepulcro, y van a besar la mano del hijo del fallecido mafioso, que ahora es el sucesor de los negocios de la familia.

El entierro termina y todos se van; sin embargo, el hijo del hombre fuerte de la familia Rosso Due permanece en el lugar. A lo lejos, su hermana Simone lo observa.

—Llama a tu hermano, que el sol se está poniendo.

—Mamá, ¡tú lo conoces bien!

—Estoy preocupada por él.

—Dejémoslo solo. Él dijo que va en taxi.

—Está bien, tienes razón. Vámonos.

Cristian se queda allí sin moverse cuando, de repente, se levanta un viento fuerte. Siente una mano en su hombro y se asusta. Mira rápidamente hacia atrás y ve al chico Miguel.

—¿Qué quieres?

—Cálmese, señor. Yo he venido para ayudarle.

—¿Ayudar?

—Sí. ¿Le gustaría que yo arreglase las flores y el césped de la tumba de su papá?

—¿Por qué no respetas mi dolor?

—Perdón, señor. Como ya le dije, solo quiero ayudar.

—Solo quieres mi dinero.

—Discúlpeme, solo quería ayudar —reitera Miguel.

El chico se da media vuelta y empieza a distanciarse de Cristian.

—¡Espera! ¿Dijiste que esta tumba es de mi padre?

—Sí, Cristian. ¿No es de su padre?

—¿Cómo sabes todo esto?

Miguel entonces vuelve y comienza a arreglar el sepulcro.

—¡Espera! Yo no te dije que podías hacerlo.

—Al señor Silvio no le importa que yo siga con esto.

—¿Eres hijo de uno de los sepultureros que enterraron a mi papá?

—¡No, señor!

Cristian lo mira y le dice:

—Dime la verdad.

—Creo que usted no está preparado para la verdad.

El chico arregla y dispone las flores sobre el césped recién colocado.

—¿Escuchaste lo que te dije?

—Sí.

—¡Quiero la verdad! —insiste Cristian.

—Está bien. Se la diré. Su padre no quiere que usted asuma los negocios de la familia.

—¿Cómo? Él siempre dijo que quería que yo tomase su posición algún día.

—Sí, tiene razón. Pero usted no entendió lo que él quiso decir con eso.

—¿Me estás llamando tonto?

—No. No fue mi intención. La gran preocupación de su padre siempre fue el bienestar de la familia, ¿verdad?

El chico pisa los pedazos sueltos de césped para fijarlos en el suelo.

—Entonces el señor Silvio no lo quiere como el nuevo jefe de la Rosso Due. Él nunca dejó que usted tomara

cuenta de los negocios porque quiere que sea un hombre diferente y mejor.

—¡Mocoso! ¡Tú fuiste enviado por nuestros rivales para provocarme! Vete de aquí.

—Me voy, pero antes repetiré las últimas palabras de su papá al morir: «Hijo, perdóname por dejar nuestra familia en este momento».

—Dios mío, ¿qué sucede? ¿Cómo sabes todo eso? —dice Cristian.

—Su papá está aquí.

Cristian empieza a llorar.

—Su papá dice que usted siempre lloró como un niño.

—¡Papá, habla conmigo! ¿Estás aquí?

—Disculpe, pero él no tiene permiso para hablar ni aparecer. Usted es una buena persona, y siempre intentó resolver las cosas sin violencia. Por eso está recibiendo este mensaje que cambiará el destino de su familia.

Un vendaval se levanta y Cristian se pone las manos sobre sus ojos a modo de visera e intenta ver.

—Su padre no quiere que usted muera asesinado como él.

Comienza a llover y Cristian mira a ambos lados pero, sin embargo, se encuentra solo.

—¿Dónde estás? —pregunta buscando al chico.

Cristian se siente raro y con calor. Nota que las mangas de su saco empiezan a arder. Rápidamente se lo quita y lo tira sobre la lápida de su padre. Sale corriendo, mirando el fuego que consume su ropa. Un rayo cae y él se desploma en el suelo, espantado. Luego ve a su hermana llegando en su auto, quien toca la bocina y le hace señas.

—Comenzó a llover demasiado y resolví venir a ver si aún estabas aquí en el cementerio.

—¡Gracias, Simone!

—Estás llorando. ¡Estás pálido! Parece que hubieras visto un fantasma. ¿Estás bien?

—No... ahora no quiero hablar.

Los hermanos se abrazan. Cristian ve a Miguel por el retrovisor del auto y grita.

—¿Qué pasa? —pregunta Simone.

—Vámonos de aquí.

—¿Qué sucede?

—¡Vámonos rápido!

Saliendo del cementerio, el auto es alcanzado por disparos.

—¡Vamos! ¡Acelera! ¡Esos desgraciados ya saben que papá murió!

—¡Tengo miedo, Cristian!

—¡Mierda! ¡Le dieron al tanque de combustible!

—¡Vamos a morir, Cris! ¡Vamos a morir!

Simone comienza a gritar y su hermano agarra su arma y se vuelve para disparar, pero una bala roza su hombro.

—Dios mío, ¡te dispararon! ¡Estás sangrando!

Luego se escucha un estallido y el hermano ve que el auto que los perseguía está en llamas.

—¡Nuestro auto fue alcanzado!

—No, Simone. Fue el otro auto el que explotó.

—¿Cómo? ¿Explotó?

—Sí, no lo puedo creer, por el modo como estaban disparando pensé que no sobreviviríamos. Ha sido todo muy raro. ¡Mira hacia atrás!

—¡Tengo mucho miedo! ¡No quiero morir, Cris!

—No va a suceder más nada. Nuestra familia es lo más importante. Quédate tranquila que yo no voy a continuar con los negocios de papá.

Sin embargo, el saco de Cristian continúa quemándose junto con las coronas de flores, encima de la lápida, hasta que la lluvia lo apague, lentamente.

3. TRASPLANTES

La paciente Anita está durmiendo. A su lado están su mamá y su hermana. La médica responsable entra en el cuarto, las saluda y pregunta:

—¿Anita está más tranquila?

—Sí, doctora. Gracias. Mi hija está más tranquila.

La especialista verifica la medicación prescrita e intenta despertar a su paciente, que no responde. Escucha su corazón y hace algunas anotaciones en su prontuario.

—Como ya les dije antes, solo quiero que ella esté cómoda en los últimos momentos de su vida.

—Gracias por todo lo que está haciendo por mi hermana.

—¿Ustedes conversaron con ella sobre la donación de órganos?

—Sí, pero mi hija parece negarse terminantemente a donarlos.

—Discúlpenme por hablar de ese tema nuevamente, pero es que ella podría ayudar a muchas personas. Bueno, tenemos que respetar su voluntad. Por favor, llámenme si acaso ella me necesita.

—Está bien, doctora. Gracias una vez más —le dice la madre.

La médica sale del cuarto y la mujer se aproxima a Anita.

—Hija, vamos a comer algo y ya volvemos. ¿Quieres alguna cosa?

Anita habla entre dientes:

—Humm... nada, mamá. Estoy cansada. Tengo mucho sueño.

La madre y la hermana se van a la cafetería del hospital a almorzar. Anita continúa durmiendo. Algunos minutos después, un chico entra a la habitación con una rosa en las manos. La paciente se despierta con el intenso aroma de la flor y abre lentamente los ojos. No consigue ver muy bien, pero distingue la silueta de un chico al pie de la cama. Se frota los ojos y los abre nuevamente.